

Mujeres rurales y trabajo asalariado: el caso de las jornaleras y las obreras agrícolas en México

Ma. Concepción Martínez Medina*

Introducción

Después de más de dos sexenios de política neoliberal, el campo mexicano ha sufrido importantes transformaciones entre las que destaca sin lugar a dudas, la creciente incorporación femenina a los mercados de trabajo rurales. A partir de la década de los setenta se empezó a notar el incremento de la mano de obra femenina ocupada en el sector agropecuario.¹

Este hecho responde a la coincidencia coyuntural de dos fenómenos: la reorganización de los mercados de trabajo que están utilizando mayor fuerza de trabajo femenina debido al surgimiento de una nueva división agrícola del trabajo a nivel internacional, y la necesidad de sobrevivencia de los sectores rurales más empobrecidos que han sido golpeados por la crisis agrícola nacional.

Si bien es cierto que existen factores económicos y políticos que influyen de manera determinante sobre las condiciones laborales, el análisis del empleo femenino no debe limitarse a ellos, ya que existen también factores sociales y culturales que determinan las características de la incorporación de los individuos al mercado de trabajo de manera diferencial según su género.

Como señala Roldán,

* Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

¹ "Así, de representar en 1970 el 9.2% de la población económicamente activa dedicada al trabajo en labores agropecuarias, en 1980 las mujeres incrementaron esta participación al 12.3% para ascender diez años más tarde al 14.2% según los datos del Censo de Población de 1990". Robles, Rosario *et al.* "La mujer campesina en la época de la modernidad", *El Cotidiano*, núm. 53, México, UAM-Azcapotzalco, marzo-abril de 1993, p. 26.

No puede negarse una división genérica y jerárquica del trabajo entre el trabajo doméstico no remunerado y el asalariado, como dentro del propio mundo asalariado. Así encontramos que, por regla general, las plazas ocupadas por mujeres son precisamente aquellas caracterizadas por su menor estabilidad, poca calificación, menores ingresos relativos, falta de protección legal y oportunidades de promoción, escasa tradición de sindicalización, en una palabra las posiciones más relegadas dentro de una estructura ya jerárquica del trabajo capitalista (división vertical del trabajo); o que se encuentran concentradas en determinadas ramas de la industria u ocupaciones (servicios, educación, salud), definidas como "femeninas" (división horizontal del trabajo).²

Por lo tanto, el análisis socio-económico del trabajo femenino debe distinguir dos niveles: el objetivo y el subjetivo. El objetivo se refiere a factores económicos, políticos y sociales; el subjetivo, tiene que ver con la conformación de los sujetos, en este caso las mujeres frente a su realidad cotidiana. Acorde a éste planteamiento, la primera parte del presente artículo centrará su interés en cómo se inserta la agricultura mexicana a nivel mundial y en cuáles son los factores por los que se prefiere a la mano de obra femenina. Posteriormente se señalarán las características que dichos procesos adquieren en las mujeres que venden su fuerza de trabajo en los mercados agrícolas.

La inserción de la agricultura mexicana en el mercado mundial

Desde finales de la década de los sesenta algunos países latinoamericanos dieron inicio a una política de estímulo a las exportaciones agrícolas no-tradicionales³ para tratar de insertarse en el mercado mundial. La decadencia que sufrieron los cultivos tradicionales a nivel internacional obligó a estos países

a impulsar nuevos productos de exportación basándose sobre todo en sus ventajas comparativas.

La integración a la nueva estructura productiva con dichos productos responde a la demanda de frutas y vegetales frescos que se ha incrementado considerablemente durante los últimos años en los países desarrollados como resultado del consumo de productos dietéticos y naturales.

México, al igual que algunos países de América Latina ha podido colocarse entre los exportadores de productos agrícolas no tradicionales, sobre todo para abastecer a los mercados de América del Norte.

Entre las ramas de producción que han ido adquiriendo presencia a nivel nacional por el valor que generan sus exportaciones y por la demanda de empleos que proporcionan en el sector rural, encontramos la producción de flores de corte, las hortalizas y los frutales.⁴

En el caso de las hortalizas, pese a que sólo produce el 1% del total mundial, México se encuentra en el sexto lugar en la escala internacional. Entre los principales productos de exportación de hortalizas destacan el jitomate, la cebolla, chiles, el pepino, la calabacita, el melón y la sandía⁵ los cuales representan el 62% de las exportaciones totales del país.

Las hortalizas en 1992 representaban 3.1% del valor de las ventas externas del país y 50% de las del sector agrícola con un aporte de 855 millones de dólares.

Entre las condiciones con las que cuenta nuestro país para haber logrado su relativo éxito dentro de la nueva división internacional agrícola del trabajo encontramos su clima propicio ya que los países en donde se concentran las compras (Alemania, Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Holanda y Canadá) tienen fuertes y prolongados inviernos; por lo tanto, México cuenta con la ventaja comparativa de ser un mercado de contraestación. Además, una ventaja competitiva significa-

4 En 1990 México fue el octavo de uvas y el onceavo de limones a nivel mundial. Rubio, Blanca, "Agricultura mundial, estructura productiva y nueva vía de desarrollo rural en América Latina (1970-1990)", en Cartón de Grammont, Hubert (coordinador), *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo*, México, Juan Pablos Editor/UNAM, 1995, p.42.

5 Gómez Cruz considera dentro del rubro de hortalizas al melón y la sandía.

2 Roldán, Martha. "Subordinación genérica y proletarización rural: un estudio de caso en el noreste mexicano", en *La mujer y el trabajo en México*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS), 1986, p. 209.

3 Entre los productos agrícolas no tradicionales están consideradas las frutas, los vegetales "frescos", las plantas ornamentales y "exóticas", peces tropicales y algunos productos forestales.

tiva son los bajos salarios de la mano de obra dedicada a este tipo de producción.

Sin embargo, los productores nacionales de estos cultivos enfrentan en los últimos años serios problemas: la dependencia con respecto al mercado norteamericano; el carácter estacional y complementario de la producción mexicana; los altos costos de producción y comercialización; y, la restricción a mercados altamente intervenidos.

Por lo tanto, pese a que México actualmente busca un espacio en la nueva división internacional del trabajo agrícola mediante diversas estrategias que llevan a cabo los productores nacionales que tratan de incursionar en la fase de distribución internacional que se encuentra dominado por capitales estadounidenses y británicos, el panorama no es nada halagador.

La reestructuración productiva y el empleo femenino

Las tendencias del empleo femenino en América Latina son muy difíciles de caracterizar ya que varía la situación por ramas de actividad, tamaño de las empresas, tipo de productos, destino del mercado, etc. Sin embargo, en la producción de mercancías destinadas al mercado internacional encontramos una marcada preferencia por el trabajo de las mujeres.

Según Benería⁶ la preferencia por el trabajo femenino se debe a una segregación ocupacional basada en los rasgos de género, aunque también involucra las variables de raza y etnia. La segregación se refiere a que si bien, en muchos casos no existen diferencias salariales entre hombres y mujeres en igual ocupación, las mujeres se insertan en determinadas ramas y actividades que tienen como características un menor ingreso relativo. En consecuencia, la nueva división internacional del trabajo las coloca a cargo de tareas manuales, repetitivas, de ciclo corto, pero que demandan un alto grado de destreza

6 Benería, Lourdes. "La globalización de la economía y el trabajo de las mujeres", en: Bustos, Beatriz y German Palacios (compiladoras), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates actuales en la década de los noventa*, México, Universidad de Guadalajara/Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, 1994.

manual y concentración visual y que en general, son menos pesadas que las masculinas.

Benería señala como los principales factores por los que la fuerza de trabajo femenina es atractiva para el capital internacional, los siguientes:

- Sumisión, docilidad, capacidad de seguir órdenes y poca tradición de participación política.
- Mayor destreza en la producción de objetos pequeños o que requieren cuidado y paciencia.
- Flexibilidad laboral en términos de condiciones de trabajo, lo que permite una adaptación máxima de la oferta del trabajo a las oscilaciones y requerimientos de la producción.

Entre las ocupaciones que requieren de gran cantidad de mano de obra femenina en el sector agropecuario encontramos a las zonas de agricultura comercial y a las agroindustrias procesadoras de alimentos. A continuación se presenta el caso de las jornaleras y las obreras agrícolas en nuestro país.

Las jornaleras agrícolas de las zonas de agricultura comercial

A las jornaleras agrícolas las encontramos en algunos cultivos como el café, el algodón y el tabaco por lo menos desde 1940, pero a partir de la década de los setenta empieza a crecer su participación en productos horto-frutícolas y florícolas destinados a la exportación o a su transformación industrial.

La feminización del jornalero se asocia a la expansión de los cultivos no tradicionales de la agricultura mexicana cuando en la década de los sesenta se instalan en varios países de América Latina empresas transnacionales dedicadas al procesamiento de frutas, legumbres y alimentos balanceados.⁷ Pero el fenómeno se incrementa en la década de los ochenta cuando se lleva a cabo una profunda reestructuración del

7 Lara, Sara. "La feminización de los mercados de trabajo rurales: la cara de la flexibilidad en el campo latinoamericano", ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*, 1993, México, p. 1.

sistema agroalimentario mundial sobre la base de una nueva división internacional del trabajo. En ese momento, la agricultura mexicana entra a la lógica de la internacionalización como proveedor de productos suntuarios o de lujo destinados a la exportación y a sectores nacionales con alto poder adquisitivo y se deja de lado la producción de alimentos básicos para el mercado interno.⁸

Actualmente, productos como el jitomate en Sinaloa y Baja California; el brócoli y la coliflor en Guanajuato; la manzana en Chihuahua; la uva de mesa en Sonora; el limón en Colima; el café y el tabaco en Nayarit; las flores en el Estado de México, ocupan una importante cantidad de mano de obra femenina.

Debido a las características propias de este tipo de trabajadores (as); es decir, la temporalidad de las actividades que realizan y la movilidad explícita de las mismas, no resulta fácil determinar su número. El Censo Nacional de Población de 1990 registra sólo a 189 150 mujeres dentro de la Población Económicamente Activa (PEA), de las cuales solamente 85 270 son “peonas o jornaleras”. Sin embargo, cabe mencionar que diversos estudios de caso contradicen con mucho estas cifras.

Por otra parte, pese a lo aventurado que resulta hacer una generalización de este sector social, a continuación se plantearán algunas tendencias generales.

El perfil de las jornaleras agrícolas ha ido cambiando a lo largo del tiempo. En la década de los setenta predominaban las mujeres jóvenes solteras o que habían concluido su ciclo reproductivo; para la década de los ochenta esta situación cambia y encontramos más mujeres casadas, en unión libre, jefas de familia y solteras con hijos quienes junto con la familia se convierten en jornaleros golondrinos que siguen la ruta de los productos capitalistas ubicados sobre todo en el noroeste del país.

Estas trabajadoras se sitúan en el sector más explotado y marginado de la población rural. Sus condiciones de vida y de trabajo son las más bajas a nivel nacional; tienen el más alto analfabetismo y el menor acceso a servicios básicos, tales como alojamiento aceptable, servicios sanitarios, atención médica y alimentación. Además, ven violados sistemáticamente sus derechos como trabajadoras y como seres humanos.

8 Rubio, Blanca. *Op. cit.*, p. 34

Su pago es “por tarea” o “a destajo” y muy pocas cuentan con contratos de trabajo y prestaciones de ley. Las jornadas laborales exceden en temporadas pico a las 12 horas y aunque el salario que obtienen muchas veces es más alto que el salario mínimo regional, los costos de alimentación y acaparamiento de productos no les dejan ninguna posibilidad de acumulación. Además, el desgaste físico que invierten para ganar ese salario es muy alto.

Muchas de estas trabajadoras son campesinas de las regiones más pobres del país y la mayoría son indígenas de los estados sureños de Guerrero y Oaxaca.⁹ Por lo tanto, al ser indígenas sufren una triple opresión: genérica porque se trata de mujeres que, en un mundo patriarcal, comparten esta situación opresiva con todas las mujeres; clasista porque estas mujeres pertenecen casi todas a las clases expoliadas y comparten la opresión de clase con todos los explotados; y étnica, porque están sometidas, como los hombres de sus grupos, por el sólo hecho de ser parte de las minorías étnicas.¹⁰

Las obreras agrícolas¹¹ de productos de agroexportación

Las mujeres han sido incorporadas a la agroindustria para participar sobre todo en las etapas poscosecha (selección de los productos por color, tamaño, grado de madurez, etc.), el empaque y la conservación de productos de agroexportación como la vid, la fresa, el aguacate, el mango y las flores.

Existe una marcada preferencia por el trabajo femenino en estas áreas debido a que según los empresarios, las mujeres son más dóciles, sumisas y tienen una capacidad “natural” para

9 Particularmente, la región Mixteca aporta un amplio contingente de población étnica migrante que se desplaza a estados como Jalisco, Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Baja California; en el Valle de San Quintín, Baja California, donde se emplean entre 15 000 y 25 000 jornaleros agrícolas, cerca del 80% son mixtecos.

10 Lagarde, Marcela. “La triple opresión de las mujeres indias”, en *México Indígena*, núm. 21, año IV, 2a. época, México, marzo-abril de 1988, p. 11.

11 Se hace la diferencia de estas trabajadoras con respecto a las jornaleras que trabajan fundamentalmente en el campo llevando a cabo actividades en la siembra y la cosecha de los cultivos.

acatar órdenes; al mismo tiempo, cuentan con mayor destreza en actividades que requieren cuidado y paciencia y son menos conflictivas que los varones, ya que muy pocas veces participan en organizaciones sindicales.

En diversos estudios que se han llevado¹² a cabo se ha encontrado que las obreras agrícolas en su mayoría son mujeres jóvenes oriundas de las localidades o municipios cercanos, por lo cual no compiten con trabajadoras migrantes, las cuales se ocupan en las labores del campo como jornaleras.

Su escolaridad rebasa en muchos de los casos el nivel de primaria concluida aunque Suárez, investigadora del fenómeno en la producción de mango y aguacate,¹³ señala que el empleo en los empaques de exportación no es condicionado al aspecto educativo formal, sino que más bien se basa en el aprendizaje de las labores domésticas en el seno familiar como experiencia previa de las trabajadoras al llegar a los empaques.

Al respecto, Lara y Becerril¹⁴ también encontraron que un determinado grado de escolaridad es menos importante que el conocimiento preciso de las características que debe tener la flor para lograr la calidad de exportación requerida.

En todos los casos, se trabaja a destajo, sin contratos establecidos formalmente ni posibilidades de obtener un trabajo de planta, sin salarios mínimos ni horarios fijos la gran mayoría carece de servicios y de prestaciones sociales.

El periodo en el cual cuentan con trabajo varía de un producto a otro. En el caso de la fresa es de 7 a 9 meses al año; mientras que en el mango y el aguacate oscila entre 2 y 10

12 Arizpe, Lourdes y Josefina Aranda. "Las obreras de la agroindustria de la fresa en Zamora, Michoacán", en Aranda, Josefina (compiladora). *Las mujeres en el campo*. México, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988. Barón, Lourdes. *De la segmentación a la discriminación. Incorporación de la fuerza de trabajo femenina a la agroindustria comercial de la región zamorana*, México, El Colegio de Michoacán, 1992. Lara, Sara María y Ofelia Becerril. "Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural: el caso de la floricultura de exportación en el estado de México", en Cartón de Grammont, Hubert (coordinador). *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo*, México, Juan Pablos Editor/UNAM, 1995. Suárez, Blanca, *Del trabajo casero al empaque: el aguacate y el mango de Michoacán*, México, Centro de Investigaciones Bio-Agroindustriales y Sociales, A.C., 1993.

13 Suárez, Blanca. *Op. cit.*

14 Lara y Becerril. *Op. cit.*

meses, lo que obliga a muchas de ellas a buscar otras actividades asalariadas complementarias, casi siempre en el servicio doméstico.

Pese a sus condiciones de trabajo, las obreras agrícolas dicen preferir éste a otro tipo de trabajo y han ido rompiendo las trabas sociales y culturales que antes les impedía salir en busca de alguna fuente de ingresos. Si bien es cierto que la fuerte crisis que vive el campo propició esta salida, su salario se ha ido haciendo cada vez más indispensable, con lo cual han obtenido cierto margen de decisión y autonomía.

Conclusiones

Ante la creciente pauperización de grandes contingentes sociales en las áreas rurales de nuestro país, aparecen las mujeres en la implementación de diversas estrategias de sobrevivencia entre las que destaca su inserción al mercado de trabajo rural.

El aumento en su incorporación a diversas actividades responde también a una marcada preferencia de la mano de obra femenina por parte de los empresarios pues representan una fuerza de trabajo muy flexible en términos de horarios, temporalidad y formas de contratación, todas ellas características propias del género femenino, lo cual permite al capital obtener una mayor rentabilidad.

Esta situación tiene un trasfondo cultural ya que tradicionalmente las mujeres son las encargadas de la reproducción de la vida familiar y comunal; por lo que su salario es considerado complementario y su capacitación "natural".

Por otra parte, el debate acerca de que si la preferencia por la fuerza laboral femenina representa una posibilidad de emancipación y autonomía para las mujeres frente a una sociedad patriarcal está aún sobre la mesa de discusión.

Es difícil para las mujeres salen a trabajar abandonar las actividades domésticas; sin embargo, en algunos estudios de caso se ha empezado a detectar como la alternativa que presenta a las mujeres (casadas o no) el hecho de obtener un ingreso, les permite tomar parte más activa en las decisiones familiares e ir reestructurando la división sexual e intergeneracional del trabajo.

* * *

La pregunta central a investigar a partir del diagnóstico aquí planteado es la siguiente: ¿qué cambios trae consigo la inserción de las mujeres al mercado de trabajo a sus condiciones opresivas tanto a nivel subjetivo como objetivo?